

CONCEPCIONES DE BERTRAND RUSSELL SOBRE EL CONOCIMIENTO HUMANO*

Mario Bunge

Es bien sabido que Bertrand Russell no fue una persona singular sino toda una sucesión de eruditos. Cada uno de ellos fue eminente en cuando menos un campo y todos ellos fueron pensadores responsables, profundos y claros, como también soberbios escritores y hombres francos. Cada uno de los Russell tuvo alguna falta que hallar en los escritos de sus predecesores, así que no hay cuestión acerca de una filosofía russeliana monolítica. No podía haberla, pues cada Russell fue un buscador de la verdad, ninguno fue un caballero medieval decidido a propagar y defender una fe filosófica. Criticar a cualquiera de estos Russell por no permanecer en las opiniones de sus predecesores es por consiguiente ignorar el hecho básico y único de que el cerebro de Bertrand Russell fue la morada de por lo menos media docena de filósofos eminentes.

Pese a toda la diversidad de intereses, o mejor dicho, de énfasis— los Russell compartieron algunos rasgos familiares: una implacable búsqueda de la verdad y la claridad, una inusual disposición para cambiar sus opiniones cuando se encontraban con evidencias desfavorables para cualquiera de ellas, un inagotable interés en el conocimiento humano y un modo preciso de plantear y resolver problemas filosóficos. Estos rasgos son patentes en cada uno de los miembros de la familia Russell: el joven hegeliano, el ligeramente mayor kantiano, el maduro empirista, el fenomenólogo y el monista neutral, el más maduro semimaterialista y el platonista sin edad. Mientras todos ellos lidiaron con importantes problemas y tuvieron interesantes cosas que decir, lo que más me atrae de ellos es el método que compartieron. Esto, que puede ser llamado el método russeliano de filosofar, es la constante de todas las mutaciones filosóficas que hemos mencionado. Valdría la pena que lo examinemos.

*Tomado de *ITA-Humanidades*, revista del Ministerio de Aeronáutica de la República del Brasil, vol. 7, 1971, pp. 1-9.

El modo russelliano de manejar problemas filosóficos, tal como yo lo veo, es una secuencia de los siguientes pasos: (1º) descubrir un problema genuino, no un enigma, sino un problema cuya solución prometa enseñarnos algo nuevo; (2º) estudiar el contexto del problema, es decir, el cuerpo de conocimientos del cual surge; esto implica tener una provisión de ejemplos a ser tomados en cuenta en el resto de la investigación; (3º) buscar alguna luz en medio de este campo de conocimiento básico que pueda dar lugar a una solución adecuada; esto es, tratando de producir algunas conjeturas; (4º) exponer las conjeturas tan claramente como sea posible y trabajarlas para descubrir a qué nos comprometen; (5º) poner a prueba las soluciones propuestas, esto es, criticarlas y escoger la mejor de ellas. El método de filosofar de Russell es de esta manera no otro que el método científico aplicado a los problemas filosóficos. La diferencia específica es que en el caso de la filosofía, el rigor lógico en las formulaciones, los análisis y las inferencias son enfatizados a expensas de las consideraciones de validez empírica. Demos una mirada más de cerca a este proceder.

Russell empieza haciéndose cargo de algunos genuinos problemas filosóficos. Desdeña los miniproblemas tales como las cuestiones verbales: para él el lenguaje es una herramienta para expresar ideas, no el objeto primario de la investigación filosófica —y debe admitirse que maneja tanto el lenguaje ordinario como el lenguaje de las matemáticas con más destreza y elegancia que cualquiera de los filósofos lingüísticos. Piensa que estas personas están “ocupadas solamente en trivialidades”,¹ y no podía entender cómo ellos practican el “culto del lugar común” antes que dedicarse a problemas auténticos. Culpa de esto al último Wittgenstein que, a diferencia del primero, “parece haberse cansado del pensamiento serio y haber inventado una doctrina que lo convertiría en una actividad innecesaria. Yo no creo ni por un momento que la doctrina que tenga estas ociosas derivaciones sea verdadera. Me doy cuenta, sin embargo, que tengo un prejuicio abrumadoramente fuerte contra ella, porque, si esto es cierto, la filosofía sería, en el mejor de los casos, una ligera ayuda a los lexicógrafos, y en el peor, una ociosa diversión para la hora del té”.² En fin, Russell está interesado en problemas filosóficos, no en juegos de palabras. “En común con todos los filósofos antes del segundo Wittgenstein, mi objeto fundamental ha sido comprender la palabra tan bien como

¹ *La Autobiografía de Bertrand Russell* (Londres: George Allen and Unwin, 1969), Vol. III, p. 37.

² *Mi Desarrollo Filosófico* (Londres: George Allen and Unwin, 1959), p. 217.

fuere posible y separar lo que puede considerarse conocimiento de aquello que se debe rechazar como opiniones infundadas".³

Una vez que ha elegido el problema, Russell trata de descubrir qué puede aprender de otros acerca de él; en particular, lo que la ciencia puede enseñarle. Está por lo tanto aprendiendo constantemente nuevos hechos, no sólo nuevas palabras. Es así como estudia las más novedosas y difíciles teorías científicas de su tiempo, como la relatividad, la teoría de los quanta y la teoría pavloviana del aprendizaje. Debe haber sentido que es insensato e incluso deshonesto proponer concepciones sobre el conocimiento humano sin conocer nada. Por ejemplo, cuando trata con la percepción se esfuerza en no ignorar lo que la física, la psicología y la fisiología tienen que decir sobre el tema. No lo maneja como un ejercicio lingüístico: no pregunta cuál sería el uso común de los verbos "ver", "escuchar", etc., en los *colleges* de Oxford en su tiempo. Analiza casos específicos de percepción y propone una teoría causal de la percepción que tiene sentido para el fisiólogo aun cuando deje frío al lexicógrafo. En suma, se opuso a la tendencia a cortar las relaciones entre la filosofía y la ciencia: "Una filosofía a la que se le atribuye algún valor debería estar edificada sobre un amplio y firme cimiento de conocimiento que no sea específicamente filosófico. Tal conocimiento es el terreno del cual el árbol de la filosofía deriva su vigor. La filosofía que no extraiga su sustento de este suelo pronto se marchitará y cesará de crecer".⁴

La misma investigación que descubrió el contexto del problema puede dar algunas indicaciones para su posible solución. Solamente la investigación puede llenar las brechas que crea. No hay otra manera de expandir la mente que expandiendo el conocimiento. En el campo de la filosofía, LSD significa "Aprenda (*Learn*), Resuelva problemas (*Solve*), Discuta (*Discuss*)". En suma: investigue. Es en el curso de una investigación, si bien a menudo espontáneamente antes que como resultado de llevar un birrete filosófico, que las nuevas ideas aparecen. Nacen embrionariamente, a menudo oscuras, y algunas veces tan rápidamente que difícilmente es posible llevar la cuenta de todas ellas. Algunas pueden constituir la clave para resolver el problema; la mayoría están condenadas a ser inadecuadas. Pero, ¿cómo averiguaremos cuáles son correctas y cuáles no lo son si nos apresuramos a lanzarlas a los fieles, a los comentaristas y a los vulgarizadores? Un pensador responsable no es uno que deja de tener intuiciones intelectuales sino uno que las controla, pues sabe que las

³*Ibidem.*

⁴*Loc. cit.*, p. 230.

conjeturas iniciales son en ocasiones confusas, a veces claras pero falsas, siempre esquemáticas. Lo que conducirá a Russell, o a cualquier otro pensador responsable, al cuarto paso.

Este paso es el que aclara las posibles conjeturas y explora sus consecuencias lógicas, para ser capaz de ponerlas a prueba. Este análisis tiene que ser complementado por una suerte de deducción inversa, por medio de la cual las premisas fundantes sean descubiertas. Es importante hallarlas debido a que ellas pueden ser ya conocidas como verdaderas, o como falsas, y porque si no han sido conocidas antes, pueden suministrar las bases para una nueva teoría, y esto, una teoría, es por supuesto la aspiración definitiva de la investigación filosófica: como todo otro gran filósofo antes de él, Russell estima el análisis como un instrumento antes que como un fin en sí mismo. En cualquier caso, es en esta fase de la elaboración lógica en la que Russell descuell. A veces se deja llevar de su entusiasmo por la lógica: va tan lejos como para afirmar: "toda la filosofía es lógica".⁵ Pero esto era más aparente que real. Creo que fue una reacción contra el intuicionismo y el irracionalismo, antes que una imagen fiel de su propia filosofía. Pues en el mismo libro en el que registra esta declaración panlogicista se dedica a exponer las teorías epistemológicas y metafísicas que tenía en esa época. Sea como fuere, cuando Russell encuentra sus conclusiones y sus premisas insatisfactorias, lo dice. Si las halla satisfactorias termina por un tiempo sus investigaciones y pasa a otro problema. Ha logrado una teoría que sus admiradores y críticos repetirán, discutirán o criticarán un buen número de años. Eso a él le tiene sin cuidado.

La satisfacción con una teoría, si uno la alcanza después de todo, es efímera a menos que uno deje de pensar acerca de problemas que la teoría supuestamente resuelve. Tarde o temprano la quinta etapa, la evaluación de la teoría, entrará a tallar. Durante este período Russell criticará su propia teoría con todo candor: mostrará sus limitaciones o su inconsistencia, con lo que ha aprendido desde que propusiera la teoría. Puede ir tan lejos como proponer no sólo ejemplos contrarios sino toda una nueva teoría —una teoría producida por un nuevo Russell, uno que ha sido capaz no sólo de descubrir errores pasados, sino de hallar una solución alternativa y algunas veces aproximaciones alternativas. Pero el nuevo Russell usará otra vez el mismo método que he delineado arriba. Esto es el porqué siempre vale la pena releer a Russell: para aprender a filosofar de manera científica y exacta.

⁵ *Nuestro Conocimiento del Mundo Externo* (Londres, George Allen and Unwin, 1949), p. 42.

Uno puede no estar de acuerdo con muchos o incluso con todos los resultados de esta manera de filosofar, así como se puede estar en desacuerdo con muchos resultados de la investigación científica a la par que se adhiere al método científico. La razón simplemente es ésta: un concepto filosófico no es un objeto aislado sino el resultado de un proceso que comienza con un cuerpo de conocimientos, o de opiniones, que contiene más de un supuesto falso. Si uno adopta un supuesto platónico no podrá evitar concluir en una doctrina que contenga elementos platónicos; si uno suscribe las tesis fenomenológicas uno acabará construyendo cada concepto empírico como una suerte de colección de experiencias subjetivas, y así sucesivamente. Este cuerpo mixto de conocimiento y opinión, tan importante en el origen de cada problema, no está enteramente por encima de la suspicacia en el caso de la filosofía. Así, incluso un filósofo exacto y científico como Russell a menudo ha sido involuntariamente arrastrado por corrientes históricas que, en un examen más exacto, él eventualmente repudiaría. Uno puede imaginarse el efecto liberador que el escribir su *Historia de la Filosofía Occidental* debió operar en él: debe haberle ayudado a deshacerse de algunos dogmas, perfeccionando su consistencia.

Tenemos tiempo de considerar sólo dos puntos en la filosofía de Russell que me parecen insatisfactorios: uno es su teoría de los nombres propios y el otro su tratamiento de la simplicidad.

En el primer punto Russell propone eliminar los nombres particulares, reemplazándolos por construcciones universales en las que sólo los universales se puedan dar. Así, este escenario particular debería ser tomado como un haz de cualidades co-presentes. Consecuentemente, en lugar de referirnos a esta base por su nombre o mediante una descripción definida como "la base o estrado del salón de clases", nos debemos referir a él como una cierta colección de propiedades, entre ellas la ubicación espacial y temporal. En otras palabras, las cosas y los eventos son reemplazados por un conjunto de propiedades y, consecuentemente, el concepto singular es analizado dentro de un haz de universales.⁶ Este concepto parece haber tenido dos fuentes independientes: una es el platonismo; la otra es el fenomenalismo del tipo de Berkeley-Mach. Aunque el origen mencionado por Russell parece neutral, a saber, que creemos tener experiencia de las cualidades pero no del sujeto en el

⁶ *Una Investigación sobre el Sentido y la Verdad* (Londres: George Allen and Unwin, 1948), Cap. IV.

que esas cualidades se inscriben. Esto es, sin embargo, otra versión de la polémica de Locke en contra de la idea de substancia.

Cualesquiera que sean sus fuentes históricas, la propuesta de Russell es insostenible y él mismo parece haberla abandonado. A primera vista existen dos posibilidades: o el análisis de Russell de los nombres propios es válido pero carece del significado ontológico que él le atribuye, o es inválido. Asumamos primero que el análisis es válido. No se sigue que lo singular y concreto haya sido eliminado en favor de lo universal y abstracto: el análisis conceptual no tiene eficacia causal. Pero el análisis puede no ser válido: las propiedades suspendidas en el aire no son más reales que los substratos sin propiedades. Tanto en la experiencia como en la teoría científica nos son dados objetos que pueden ser analizados de varias maneras, ninguna de la cuales consiste en la eliminación de los particulares. Así, el hecho expresado por la fórmula "Esa caldera está hirviendo" puede ser entendido como "k es un B", donde 'k' nombra esa caldera en particular o como "La temperatura de K equivale a 100°C".⁷ Más aún, al analizar el concepto de temperatura hallamos que es una cierta función del conjunto de todos los cuerpos particulares posibles. En ambos casos no podemos prescindir de los nombres propios. Además, si eliminamos los nombres propios en favor de las construcciones lógicas del tipo platónico, volaríamos el principio empirista que ordena que analicemos todo en términos de experiencias. En fin, algo tan simple como un nombre propio, que es después de todo un convencionalismo, se convierte en una enorme construcción lógica que involucra incontables unidades de información. En otras palabras, uno no puede ser platónico y empirista al mismo tiempo —a menos que uno sea Bertrand Russell. Pero aparte de lo inadecuado de este punto de vista, éste constituye un típico ejemplo del modo ruse-lliano de filosofar, en el sentido de aunar metafísica, epistemología y lógica. Para él éstas no son disciplinas separadas sino aspectos diversos de un todo. Es posible enfatizar uno de ellos en un momento pero es imposible separarlos.

La segunda dificultad que deseo mencionar es ésta: Russell, al lado de los convencionalistas y empiristas lógicos, ha defendido la simplicidad y al mismo tiempo la validación por la confirmación empírica. Aun cuando llega a la conclusión de que la ciencia emplea el método hipotético-deductivo antes que el inductivo, toma cualquiera de las llamadas curvas empíricas —o conjunto de puntos en un plano—, cada cual representando el resultado de la medida

⁷ *Conocimiento Humano: Alcances y Límites* (Londres: George Allen and Unwin, 1948); *passim*. Concibe la inducción como "una aplicación de la probabilidad matemática a premisas alcanzadas con independencia de la inducción" (p. 451).

de dos cantidades correlativas; dado cualquier conjunto de tales puntos experimentales, hay infinitas curvas pasando a través de ellos o cerca de ellos. Si el criterio de verdad es la máxima confirmación, entonces debemos escoger la más compleja de las hipótesis implicadas, esto es, la más ondulada de las curvas. De esta manera no habrán datos anómalos, es decir, puntos lejos de la curva propuesta. Y es probable que cualquier nuevo dato confirmará esta hipótesis compleja, mientras que la más simple de las hipótesis es la más expuesta de todas. Esta no era la recomendación de Russell: él proponía elegir la hipótesis simple, que es la más arriesgada, sin abandonar el ideal de máxima confirmación. Sin embargo, está claro que estos dos ideales, la máxima confirmación y la máxima simplicidad, son mutuamente incompatibles.⁸

Esto nos lleva a otra característica de Russell: fue un escéptico en busca de la certeza —no la certeza simple de un Santayana o aquella ciertamente algo más sofisticada de Dewey, pero certeza al fin. El quiere que el análisis mismo sirva a este propósito: afirma una y otra vez que el objeto del análisis lógico es limitar el número de elementos o hipótesis con el objetivo final de disminuir la incertidumbre: “Se disminuye el riesgo de error con cada disminución de entidades y premisas. Cuando hablo de la mesa y digo que no voy a asumir la existencia de una entidad subyacente a sus apariencias, se trata de un ejemplo del punto en cuestión. Se tiene de todos modos las sucesivas apariencias y si se puede continuar sin asumir la mesa constante y metafísica, se tiene un menor riesgo de error que antes. No se tendría necesariamente un riesgo menor de error si uno estuviera atado a negar la mesa metafísica. Esta es la ventaja de la navaja de Occam, que disminuye el riesgo de errar”.⁹

Russell tenía por supuesto razón al sostener que al disminuir el número de entidades supuestas, uno disminuye las posibilidades de error. Bien podría haber seguido este punto hasta su consecuencia lógica última, esto es, que el riesgo de error es del todo eliminado callando. Pero esto no es la meta de la ciencia, sino más bien la aspiración de la mística. Los científicos multiplican hipótesis y las complican, incluso a riesgo de errar, porque están tras la verdad —y la experiencia ha enseñado que la verdad es generalmente compleja antes que simple. Russell, el filósofo de la ciencia, sabe esto y está ansioso de sacar partido de cada nueva complicación científica; Russell, el racionalis-

⁸ Véase mi libro *El Mito de la Simplicidad* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1963).

⁹ *La Filosofía del Atomismo Lógico*, Lectura VIII, reproducida en R.C. Marsh Ed., *Lógica y Conocimiento* (Londres: George Allen and Unwin, 1956), p. 280.

ta, rechaza la complejidad de la ciencia aun cuando incluso él mismo ha contribuido a incrementar la complejidad —la riqueza— de las matemáticas.

Sea esto suficiente de las muchas cuestiones discutidas que uno encuentra relejendo a Russell— una experiencia fascinante que nunca se repite, porque uno encuentra en todo momento hipótesis que provocan pensar y que uno no había visto antes.

¿Cuál fue la filosofía final de Russell? Pienso que se la puede hallar en su bello libro *Mi Desarrollo Filosófico* y en observaciones esparcidas a lo largo de los tres volúmenes de su reveladora *Autobiografía*. Permítaseme mencionar sólo algunas de las tesis, o más bien hipótesis, a las que Russell parece haber arribado hacia el final de su carrera filosófica. Todas son tomadas de los libros mencionados arriba. (1a.) Todos los eventos son físicos; aquellos que son sólo metafísicos se conocen por inferencia. (2a.) La mente ha surgido de un proceso evolutivo que ha obedecido a leyes en las que lo mental no ha tenido parte. (3a.) La manera como el cerebro convierte una señal luminosa en una sensación luminosa no es más misteriosa que la manera como un aparato de radio transforma las ondas electromagnéticas en sonidos. (4a.) Estrictamente hablando, sólo observamos lo que ocurre dentro de nuestras cabezas. Cuando observamos otro cerebro, lo que vemos pertenece a nuestro mundo privado. Esto no significa que el otro cerebro sea creación nuestra: inferimos su existencia y no dudamos de ella. (5a.) Los problemas de lenguaje no constituyen una región autónoma porque lo esencial del lenguaje es que tiene significado, esto es, que está referido a algo que, como regla, es extralingüístico. (6a.) La verdad fáctica es una cierta relación causal entre una creencia y un hecho. La estructura de nuestro discurso debe estar referida de alguna manera a la estructura de los hechos, por lo que el estudio de la sintaxis debe suministrar algún conocimiento sobre el mundo. (7a.) Cualquier cosa que se diga de un sistema complejo debe también poder decirse, sin necesidad de mencionar el sistema, acerca de sus partes y sus relaciones mutuas. (8a.) El análisis suministra nuevos conocimientos sin destruir el punto de partida, el cual por lo general es vago; y la investigación filosófica empieza por lo que es vago y a menudo enigmático, adquiriendo claridad a través del análisis. (9a.) “Una conclusión muy general a la que he sido llevado leyendo el libro del profesor Ryle —*El Concepto de lo Mental*— es que la filosofía no puede ser fructífera si se divorcia de la ciencia empírica. Y con esto no quiero decir solamente que el filósofo debería ponerse “al día” en sus momentos libres. Me refiero a algo mucho más íntimo: que su imaginación debe estar impregnada de una visión científica y que debería sentir que la ciencia nos ha enfrentado con un nuevo

mundo, con nuevos conceptos y nuevos métodos, desconocidos en tiempos anteriores, pero cuyo carácter fructífero ha sido comprobado por la experiencia allí donde los conceptos y métodos más antiguos demostraron ser estériles".¹⁰

Los alegatos de Russell en pro de la adopción de una perspectiva científica en la filosofía, han caído mayormente en suelo estéril: la mayoría de los filósofos contemporáneos hacen poco o ningún uso de los escritos de Russell: difícilmente los leen o discuten. Esto lo hacen a su propio riesgo, a riesgo de ser incapaces de producir alguna obra filosófica interesante y exacta. (Nótese la conjunción: la exactitud es compatible con el vacío, y las ideas interesantes son frecuentemente expresadas de modos inarticulados). Además, aquellos filósofos que se dan el lujo de ignorar a Russell se privan a sí mismos del placer casi sensual de leer su prosa tersa y ocurrente, a mi gusto, la mejor literatura filosófica desde Lucrecio.

De otro lado, debido a su confianza en la ciencia y a causa de su preocupación por los problemas lógicos, epistemológicos, semánticos, metafísicos e incluso éticos y sociales generados por la investigación científica, Bertrand Russell es, de todos los filósofos contemporáneos, el más ampliamente leído por los científicos prácticos. No que sus ideas sean todas aceptables para un científico: el secreto de su éxito es que sus libros tratan con problemas que captan el interés del científico y los maneja de un modo que le resulta familiar al científico.

Bertrand Russell no nos ha dejado una teoría que centre y ponga un punto final a la investigación filosófica. El nos ha legado algo mucho más valioso que cualquier sistema supuestamente definitivo: un enjambre de problemas epistemológicos y metafísicos que él aclaró y vinculó a problemas en la ciencia y en la lógica. Y, sobre todo, nos ha dejado una actitud ejemplar: la actitud de respeto por el conocimiento científico y por el método científico, así como la actitud racionalista de analizar cuidadosamente no sólo las concepciones de otras personas, sino también —y fundamentalmente— las propias, y hacerlo con la máxima integridad. Esto, la *actitud russelliana*, es científico, y por lo tanto intelectualmente honesto. Y, como lo mostró él mismo, no sólo puede ser, sino que debe ser adoptado en todos los campos, de la lógica matemática a la política, pasando por la ciencia y la filosofía, si hemos de perpetuar la especie llamada *Homo Sapiens*.

Trad.: Saúl Rengifo Vela

¹⁰ *Mi Desarrollo Filosófico*, p. 254.



Victor Li Carrillo